

ciones locales, geográficas de hombres poseen, dentro de la infinita diversidad de sus individuos, unos rasgos comunes, una forma peculiar de existencia, que constituye lo que se denomina carácter de una región, de un pueblo, e, incluso, en su máxima amplitud y dispersión, de una raza. Y se nos ocurre preguntar: ¿Qué es lo que determina estas variedades regionales del hombre?

Rádicamente, sólo pueden intervenir en ello dos factores: el hombre mismo con su constitución biológico-psicológica, determinada por las mezclas hereditarias que se producen en la zona geográfica en cuestión, y los factores ambientales de esa zona que ejercen influencia sobre el hombre que la habita, sobre el grupo local.

Apenas puede caber duda de que ninguno de los dos factores obrará de un modo exclusivo. Bastaría remontarse de nuevo a la esfera filosófico-ontológica para mostrar la absoluta imposibilidad de que así fuera.

Me importa aclarar que no pretendo, en modo alguno, explicar al hombre de un modo mecánico-causal a expensas de las influencias ambientales. No fué por casualidad que iniciamos estas palabras con una referencia a la analítica existencial. Yo sé bien que el hombre, aun en su dimensión mundana, tiene un ser mucho más radical que el que las influencias ambientales de fuera adentro pudieran determinarle, una existencia cuya peculiaridad es hacerse constantemente a sí misma. Pero este proceso se efectúa siempre en vista de unas circunstancias externas a la existencia. Tales circunstancias del mundo e incluso los procesos psicológicos del mismo sujeto—percepción, afectividad voluntad etc.—aislados más o menos artificiosamente, son la materia sobre la que la actividad creadora, irreductible de la existencia, de la vida humana va a reobrar para decidirse en el tiempo y con vistas a la eternidad. Incluso *Dilthey*, tan celoso de esta potencia

